

Escrito por: bareta

Resumen:

Tres albañiles, en mi propia casa, me convirtieron en una verdadera zorra y quedé encantada con uno de ellos

Relato:

Mi nombre es Elisa, tengo buen cuerpo y 23 años de edad, con dos de casada y aunque mis experiencias sexuales anteriores, fueron pocas, desde que me casé, me he vuelto fanática al sexo, aunque mi esposo me complace constantemente, ando caliente y excitada. Hace un mes, nos pasamos un fin de semana discutiendo, alegando y enojados porque lo mandaban de su trabajo, a supervisar de improviso, la apertura de una sucursal, la misma semana en que se iba a pintar, reparar e impermeabilizar la casa. Yo de eso no entendía nada y tenía que estar al pendiente de los trabajos. Obligada por las circunstancias, acepté, Salió de viaje sin que esos últimos cuatro días, tuviéramos sexo.

El lunes muy temprano, llegaron tres hombres, todos entre 28 y 30 años, se repartieron el trabajo y cada quién se dedicó a lo suyo. Se escuchaban ruidos y movimiento en toda la casa y aproveche para darme una ducha. Con la tibieza del agua cayendo sobre mí, comencé a sobar y acariciar mi cuerpo, cuando llegué a mi inflamada y depilada panocha, ya no aguanté las ganas, recargué una mano en la pared, abrí las piernas y delicadamente froté el coño y mi clítoris unos segundos, evocando la presencia de mi esposo, él, con pocas horas de viaje, pero yo con muchas de abstinencia sexual, metí un dedo en mi hoyito, sintiendo un delicioso calor recorrer todo mi cuerpo, mis líquidos se confundían con el agua corriente, con los ojos cerrados, arqueando la espalda, la cabeza hacia atrás y con un leve -Ohhhhhh-, me provoqué un pequeño, pero delicioso orgasmo.

Con en mi autocomplacencia, pero sin estar totalmente satisfecha, al tomar la toalla, observé que el baño, estaba con la ventana abierta y que uno de los tres hombres recorrería la azotea. Por la duda de si me había visto o no, con la vergüenza y la pena, también sentí entusiasmo y placer de que alguien hubiera estado mirado. El día transcurrió sin contratiempos, pero al siguiente, desde que llegaron, los tres me veían insistentemente.

Después de varias horas, el hombre que había visto desde el baño, entró a mi recámara con los implementos de pintura diciendo: -Seño, si no se va a bañar como ayer, ¿Puedo pintar este cuarto?

Quedé helada, ¡¡¡Me había visto!!!, tartamudeando, logré decir:

-Siiiiiii, pero..... ¿me miró bañarme ayer?

Solo contestó: -hay seño-.

Entre molesta y excitada, solté: ¿si o no? y ¿qué vió?

-Perdón seño, pero la ventana abierta, usted desnuda y el espectáculo que me dio, ¡bueno!-

Volví a preguntar ¿pero que vió?

Bajando lo que tenía en las manos, respondió: -¡Todo!, una mujer muy buena, dándose placer y pidiendo hombre-

-¡Pues se equivoca, tengo marido!-

coño!-

Me voltee y era el tercer hombre, completamente desnudo, mostrando, una bien parada, enorme, colosal y exageradamente larga y gorda verga.

¡Noooooooooo!, ¡Ya noooooooooooooooooooooo!, ¡Por favor!, ¡Ya no!, ¡Se lo suplico!, rogué.

Sin hacer el menor caso, se acercó a mí, se metió bajo el chorro de agua y haciéndome parar de puntitas, clavó su burda mano en mi adolorida concha, diciendo: -Si te gusta la verga, ahora vas a tener la de un verdadero hombre, no las cositas de los otros dos niños-.

¡No! ¡Se lo ruego! ¡Eso me rompería todo!

Aun con mis brazos extendidos y deteniéndolo de los hombros, sus fuerzas eran superiores a las mías y con un ademán las zafó y agarrándome enérgicamente de la cintura, hizo que me deslizará hasta el suelo y exclamó:

-Dije que te voy a dar verga y ahora te aguantas, verás como te gusta-

Yo tendida en el piso boca arriba, él, de rodillas y con sus piernas abiertas a mis costados, teniendo la enorme masa de carne a escasos centímetros de la cara, la comenzó a recorrer por mis mejillas, boca y cuello, cuando llegó a los senos, la colocó entre ellos y apretándolos, cobijó su pito en medio y empezó a simular una cogida.

Después de la sorpresa y el susto y sin saber que podía hacer el tipo si me oponía, dejé ceder mi cuerpo a su voluntad, con lo que la sola curiosidad del dolor o placer cuando me untara esa titánica mole por abajo, me comencé a calentar.

Aunque el área de la regadera era muy amplia, no estaba echa para acostarse, por lo que mi cabeza, salía de ese espacio y el agua no caía en mi cara. El tipo no estaba gordo, más bien fornido y musculoso, pero cuando se recostó sobre mi, su peso me oprimió, me abrió las piernas y las suyas quedaron en medio, se levantó un poco y apoyándose en sus brazos, relajó la presión sobre mi, con deliciosas pasadas, parte de su verga se restregaba sobre mi coño, haciendo que éste se empezara a humedecer y dilatar. Mi expectativa iba creciendo, así como mi temperatura corporal, estaba en ascuas y extremadamente caliente de nuevo, acomodó su enorme glante en la entrada de mi cueva y después de tres o cuatro empujones, no lo hacía entrar, aún, yo estando abierta y ganosa, la apertura de mi coño no lo permitía, sabía que ya había sido receptáculo de verga en muchas ocasiones, pero jamás de una tan grande.

Al ver la dificultad de penetración, me dobló las piernas de las rodillas, hacia mi estómago, pero siempre dejándolas abiertas y dijo:

¿La putita no quiere comerse mi pito?

Entre cerrando los ojos, masculé quedamente

-Mmmmmmmmmmmmm-.

Con las piernas alzadas y bien separadas, sentía mi culo flotar y que mi coño, se abocardaba desmesuradamente, cuando en otro ataque, con la boca totalmente abierta y tratando de empujarlo hacia arriba, entró la pura cabeza con un apenas audible -¡Augggggggg!-. Ya había logrado traspasar el diámetro y viendo mi rictus de dolor, sin clavar más de lo que ya tenía y moviendo en diminutos círculos su verga,

tallar por dentro la funda en que estaba la rica verga, jalando mis cabellos, como si estuviera montando un corcel, dirigiéndolo por su crin. Me daba con mucha fuerza, los gritos siguieron y cuando estaba en otro fabuloso orgasmo, lo prolongó al sentir los ríos de dulce y jugoso néctar anegar mi coño, al grito de: ¡Anda putita, cómete todos mis mocos!

Quedé tendida en el piso boca abajo, el chorro de la regadera caía sobre mis nalgas, solamente abrí mis piernas, para que el agua llegara hasta mi machacada panocha y al mismo tiempo se enjuagara.

Los siguientes días, no podía juntar las piernas ni sentarme bien y aunque temerosa, pasaron sin ninguna insinuación de lo que había pasado.

El sábado a medio día, el que me había cogido en el baño y quién dirigía a lo otros, entró a la cocina y me dijo: -Reinita, ya terminamos, ¿Pero cuando llega el patrón?, para ver lo del pago-

-Hasta el lunes maestro, usted lo puede buscar ya, el martes-

-¿Quiere decir que me puedo echar otro palo con mi putita, hoy?-

-¿Otro? ¡Nooooo!-

Me empujó contra el refrigerador, con un jalón salieron disparados los botones de mi blusa, con otro, rompió el sostén y oprimiendo bruscamente mis chiches, ordenó: ¡Quítate el pantalón, vamos a coger!

Ahí, en el suelo de la cocina, exquisita y delirante, me repitió la dosis por el coño, aunque después de dolor y llanto, golosamente me comí su verga por el culo.

Cuando llegó mi marido, seguí haciéndome la enojada, dos días más, para que se me quitara el dolor de mis ensanchados agujeros, cuando entró el pito de mi marido como en su casa, ni cuenta se dio de las maravillosas cogidas que me habían puesto.

Lógico, del maestro, aunque no constante, sigo siendo su putita.